

La joven se echó á reír.

—Me presentaréis también, puesto que ésa es vuestra profesión—añadió sonriendo y enseñando graciosamente sus blanquísimos dientes—me presentaréis también á vuestro amigo íntimo el señor Vandrey. Siempre es bueno conocer á un Ministro. *¡Addio, mio caro!*

Antes que Guy diese un paso hacia Mariana, ya ésta había desaparecido, y el cortinón de seda japonés ocultaba tras sus tupidos pliegues la puerta del comedor. Abrióla. La señorita de Kayser estaba ya en la antesala con la mano puesta en el picaporte de la puerta.

—Á las nueve estaré aquí!—dijo desde lejos á Lissac.

Lo saludó con la cabeza, en tanto que el ayuda de cámara se precipitaba para abrir la puerta, y una vez abierta ésta, desapareció la elegante silueta de la joven, que por un momento habíase visto dibujada en la claridad de la escalera.

Guy entró en su cuarto, casi furioso.

Ahora que ya se había ido, él abrió bruscamente el balcón de su gabinete. Parecíale que volaba una nubecilla azulada, la del humo del cigarro de Mariana, y que con ella se iba por el balcón el olor á heno, y envuelto con él el perfume que un instante

antes había contribuído á trastornarlo, con la esperanza de satisfacer un capricho pasajero.

El aire puro del exterior y un rayo de sol penetraron en la habitación. A lo lejos, los tejados cubiertos de nieve se destacaban sobre el fondo claro de un cielo puro, diáfano, primaveral. Alegres nubecillas de vapor llenaban la saneada atmósfera.

Guy respiró con fruición aquel aire purísimo que quitaba el olor á tabaco, mezclado con el perfume de aquella mujer. Parecióle que le quitaban un gran peso de sobre la frente un poco congestionada momentos antes. El viento fresco barrió las huellas de los besos de Mariana.

—¿Si seré siempre un chiquillo?—se decía para sus adentros. No ha venido por mí, sino por Rosas. ¡Las amigas de nuestros amigos son nuestras queridas! Caramba, y si me descuido reincido, palabra de honor.... ¡No faltaba más!.... Para luego tener que echar otro viaje á Italia.... ¡Y á mi edad! ¡Válgame Dios!

Y sonriendo, cerró el balcón y se metió dentro, porque hacía frío.

## V.

En la acera del boulevard Malesherbes, dos agentes de la autoridad, envueltos en sus largos capotes

tes, contenían la multitud que se apiñaba ante la puerta de la elegante casa habitada por la señora viuda de Marsy. Una doble fila de curiosos miraban inmóviles, sin miedo á los apretones y disputas que entre ellos se producían de cuando en cuando; los carruajes que iban entrando en el vestíbulo, se detenían un momento al pie de la alfombrada escalera para dejar mujeres elegantemente vestidas, envueltas en pieles, y daban luego la vuelta por el patio para ir á engrosar la fila de carruajes que iban colocándose en la calle en correcta formación para esperar el final de la *soirée*.

Hacía más de una hora que no dejaban de llegar coches, ni convidados á pie, que tiraban su cigarro al pie de la escalera y subían los escalones desabrochándose el abrigo. Los curiosos se mostraban unos á otros las caras conocidas. Decíase por el barrio que la mayor parte de los ministros habían aceptado la invitación.

Los salones de la señora de Marsy estaban resplandecientes de luz y de lujo. En el guardarropa no había medio de entenderse. Los abrigos de hombre y de señora se amontonaban, atados apresuradamente, y multitud de manos calzadas con guante blanco se extendían, como en el guardarropa de un teatro, para recoger el cartoncillo numerado que

les alargaba respetuosamente un criado de la casa.

—Tenéis el número 113—dijo el señor de Lissac á Mariana, que acababa de entrar, cogida de su brazo y luciendo un elegante vestido de color azul pálido.

Ella sonrió, y se metió en el bolsillo el pedacito de cartón.

—¡Oh! ¡no soy supersticiosa!

Estaba hermosísima. En la antesala, la gente abría paso á aquella mujer bellísima, cuyos cabellos rubios, oscuros, caían sobre su blanca espalda, y que esbelta, aunque metida en carnes, hacía crujir con los movimientos de sus bien formadas caderas, la falda de seda que las comprimía.

Lissac, con el lente en el ojo, llevando cerrado el elac ceremoniosamente, adelantaba hacia el salón principal entre las avidas curiosas de los convidados, que miraban y husmeaban al paso la exquisita gracia de aquella mujer provocadora.

La señora de Marsy estaba en la puerta del salón principal, muy guapa, con un vestido de seda negra, que hacía resaltar su belleza, y alargaba la mano, sonreía, se multiplicaba, en tanto que la señora de Gerson, tan bonita como siempre, le ayudaba á hacer los honores de la casa.

Sabina pareció muy complacida al ver á Ma-

riana. En otro tiempo había experimentado el ascendiente de aquella inteligencia privilegiada, viva, atrevida. No se preocupaba del pasado de Mariana. La sobrina de Kayser era bien recibida en todas partes, y además aquella noche estaba acompañada por su tío que entraba detrás de ella, aunque nadie había reparado en él. Iba charlando con un hombre de sesenta años, de barba blanca y mirada bondadosa que lo escuchaba con benevolencia y cortesía, pensando tal vez en otras cosas muy distintas de las que decía el pintor.

—¡Ay! mi querido Bausell! ¡Cuánto me alegro de veros!—decía con teatral efusión.

—La verdad es que nos vemos poco, querido Kayser. ¿Qué es de vuestra vida?

—¿Yo? ¡trabajando! Y protestando, porque ya sabéis que jamás he transigido..... jamás..... la dignidad del arte.....

Sus voces se perdieron en el estruendo de conversaciones que reinaba en aquel salón, lleno de bote en bote, en tanto que Sabina, cogiendo de la mano á Mariana que entonces soltó el brazo de Lissac, la condujo á un salón más grande, tapizado de rojo, donde se veían arregladas en filas, una porción de sillas delante de un espacio que habían dejado desocupado, y que formaba, gracias

á unos magníficos cortinajes, una especie de escenario donde iba á presentarse sin duda un actor que todos esperaban con impaciencia.

Casi todas aquellas sillas estaban ya ocupadas. Multitud de bellísimos semblantes de mujer lucían allí sus encantos. Todas las miradas se dirigieron á Mariana cuando apareció en el umbral de la puerta acompañada por Sabina, que la condujo hasta una de las sillas desocupadas, muy cerca del escenario improvisado, desde donde el Sr. de Rosas había de hablar.

La señora de Gerson se sentó al lado de Mariana que fijaba su mirada inquisitorial en los ojos de la amiga íntima de la casa, para adivinar el pensamiento de aquella mujer. La señora de Gerson estaba contentísima. ¡Su queridísima Sabina obtenía un triunfo, pero qué triunfo! ¡Allí estaba el Sr. Vaudrey! ¡Y su esposa también! ¡Y el señor Collard, presidente del Consejo! ¡Y Pícherau, que al fin y al cabo acababa de ser ministro también!

—¡Es decir, tres ministros, de los cuales uno presidente del Consejo! ¡Sabina está loca de alegría! ¡Completamente loca! Figuraos que la de Hertzfield, la rival de Sabina, cuando más ha tenido en sus reuniones á dos ministros.

Y añadía, con el tono confidencial que adoptan siempre los murmuradores, que las reuniones de la de Hertzfield iban muy á menos. Ya no iban allí más que algunos gobernadores. Y gracias. En tanto que los salones de Sabina eran verdadera antesala de la Presidencia del Consejo.

—¡Si supiérais qué amable es el Sr. de Vaudrey!.... Tiene una conversación agradabilísima! ¡Ha comido muy bien y se hizo servir dos veces timbal de macarrones!

Mariana escuchaba con la imaginación muy lejos de allí ansiosa de ver por fin presentarse á su vista el héroe de la fiesta, el Sr. de Rosas.

Guy había adivinado perfectamente: á Rosas y sólo á Rosas era á quien buscaba Mariana en aquellos salones. Quería volver á verlo, volver á hablarle é intentar un plan soberbio. Una idea.... Su último capricho. ¿Por qué no?

Mariana se decía que iba á jugar el todo por el todo. Se acordaba muy bien de José de Rosas, á quien en otro tiempo había visto muy frecuentemente con su amigo Guy. Español de París, mucho más parisiense que español, hablando del mismo modo, con una corrección exquisita la lengua clásica, y con una desenvoltura encantadora el *argot* de las calles ó de entre bastidores, gran

aficionado al arte, coleccionador inteligentísimo, escritor á ratos, aunque sólo para sí propio, pródigo por temperamento, simpático en alto grado por su finura exquisita, viajero infatigable que á los treinta años de edad había visto todo el mundo, la India y el Japón, había bebido leche de camella bajo la tienda de los kirghizs y comido dátiles con los hombres de las kabilas, relatando con cierta seductora ironía, aventuras de amor que hubiesen podido parecer fantásticas invenciones de un romántico si él no hubiera atenuado su improbabilidad por el tono con que las contaba, aquel hombre extraordinario era una especie de lord Byron retrasado, que se había curado la enfermedad del romanticismo á fuerza de heridas del alma y de choques contra la realidad de la vida.

Mariana se acordaba sobre todo de una visita que había hecho acompañada por Guy á una casa que el duque tenía en la calle de Laval. Ocupaba allí un vastísimo estudio de pintor, alfombrado de tapices orientales, verdadero amontonamiento de objetos de arte y de panoplias de armas: un lujo asiático, algo así como el depósito de objetos arrancados al serrallo del Sultán turco, después de un asalto. José había obsequiado á Mariana y á Guy con café servido á la turca, y charla que charla

habían fumado riquísimo tabaco de hebra traído de Oriente, que el español, citando á los poetas persas, comparaba galantemente con la abundante cabellera de la señorita de Kayser.

En sus días malos, habíasele ocurrido pensar á menudo en aquel muchacho guapo, rubio, de ojos azules, de mirar profundo y melancólico, con el labio inferior un poco caído como con desdén, y con una elegante barba muy recortada como la de Carlos V que se tendía sobre tapices del Indostan, tarareando como un cantor árabe, alguna canción monótona y lenta como el andar de una caravana por el desierto.

—¿No es verdad—le había dicho Guy—que mi amigo Rosas es muy simpático?

—¡Encantador!

—¡Y con talento! ¡y erudito! ¡y agradable! ¡y archimillonario, lo cual siempre viene bien!

Mariana pensaba muy á menudo en todo lo que un hombre tan extraordinario como aquél, representaba de poder absoluto, de deseos satisfechos, de fantasías, de ilusiones realizadas. Un montón de oro ambulante. ¡Cuántas veces, entre las brumas del recuerdo, había visto aquella sonrisa un tanto altanera, que contraía aquel bigote sedoso y retorcido que se levantaba para enseñar unos dien-

tes blancos, iguales y afilados, como si estuviesen siempre deseosos de morder.

Pero ¿dónde andaba el Duque entonces? ¿Entre las kabilas ó en el país de los mormones? ¿En Haití, en la Groelandia ó en el infierno? Los periódicos habían dicho que estaba organizando una expedición al polo Norte. Tal vez estuviera perdido entre los hielos de los mares polares. Y Mariana sonreía con inexplicables suspiros, hijos de una emoción muy sincera y llenos de egoístas reproches.

Parecía que en más de una ocasión, José le había demostrado cariño. Correctamente, cortésmente, como se habla á la querida de un amigo cuando se es caballero, pero con ciertas reticencias no exentas de amorosa simpatía, habíale dirigido frases que semejaban verdaderas declaraciones apasionadas. Mariana había fingido no comprenderlo, porque entonces amaba á Guy ó creía amarle, que para el caso es lo mismo, y se había contentado con sonreír al oír las galanterías del Duque de Rosas.

Tal vez fui una tonta—se decía.—Pero después de todo él tampoco habría pasado de ahí. ¡Los deberes de la amistad! ¡El espectro de Guy!

Se detenía y pronunciaba esta palabra: ¡José!

Y aquello constituía un consuelo para esa mujer hastiada de la vida. Su pena era haberse conducido bien. Otras tienen remordimientos por una falta; ella tenía remordimientos por haber sido honrada. Pensaba muy á menudo en el Duque de Rosas como su madre Eva debía haber pensado en el paraíso perdido. Si hubiese sido la querida de Rosas se sentía capaz de haber revuelto á París entero.

—Pero en fin.... ¿á quién culpar?.... ¡Qué tonta es una, cuando no se atreve!

Y héte aquí que de pronto, bruscamente, como si un adversario ofreciese el desquite, la casualidad traía de nuevo á París, y en un momento bien crítico de su vida, á aquel José á quien ella no había olvidado, y el cual á su vez quizás se acordase de ella. La cosa era tan inesperada y el auxilio llegaba tan oportunamente, que Mariana, supersticiosa como todos los vencidos en las luchas de la vida, no había de desaprovecharlos, porque le devolvían la fe en sí misma.

Bastaría quererse para levantarse de su caída, cogiéndose al brazo del Duque.

Guy y Sabina eran dos auxiliares inconscientes, á quienes encontraba en su camino. Los aprovechaba sirviéndose del uno para llegar hasta la

otra, y de ésta para ir hasta Rosas. Esto no significaba que no siguiera odiando al tonto presuntuoso Guy de Lissac, á quien no le perdonaba que hubiese huido de ella. Pero ¡bah! antes de vengarse de su antiguo amante era preciso utilizarlo. La venganza, después de todo, es cosa difícil, que cansa y que mirada despacio resulta perfectamente inútil.

Ahora la sobrina de Kayser, la querida de Guy, la mujer que se había entregado á uno y que otros habían cogido; que se había vendido, y que otros habían comprado; la que continuaba siendo joven, si no ya por la edad, por la gracia, por aquel encanto de virgen que envolvía su cuerpo prostituido; Mariana se hallaba en aquel momento á dos pasos del hombre que esperaba con la misma impaciencia, que un seductor esperaba á una mujer deseada.

—Si Rosas me amó siquiera un momento—se decía—él volverá á amarme ahora.

En aquel salón hacía un calor sofocante; la gente se ahogaba, pero Mariana tenía interés en no moverse de allí, en aparecer en la primera fila de sillas, expuesta á las primeras miradas del Duque, en cuanto éste se presentase.

Sentía bocanadas irresistibles de calor que le subían á la cabeza en medio de aquella atmósfera pe-

sada, y á veces temía desmayarse, porque ya había perdido la costumbre de asistir á los salones. Pero permanecía en su sitio valerosamente, mirando con ansiedad á la puerta, para ver si se presentaba el viajero, si se mostraba por entre aquellos cortinajes rojos el pálido y simpático semblante del español.

Había á pocos pasos de ella una mujer, rodeada como si fuese una reina, objeto de las miradas curiosas de todos y un poco turbada por lo mismo. Era una mujer joven, de veinticinco años á lo sumo, elegante, bonita, vestida con un traje blanco, rubia, con flores naturales en el cabello, con los ojos de mirar dulce y expresivo, con las mejillas encendidas y en toda ella algo de provinciano, de honrado, de valiente y de resplandeciente á la par, y Mariana oía decir á la señora de Gerson, que hablaba de aquella mujer con todas las que estaban sentadas á su alrededor:

—Es la esposa del ministro.

—¿La señora de Vaudrey?

—Sí.... ¡Muy agradable! ¿No es verdad?

—¡Bonitísima! ¡Fresca!

Luego bajaban un poco la voz.

—¡Demasiado fresca!

—¡Un poquillo cursi!

Una voz de hombre respondía con tono indulgente:

—¡Qué demonio, nada de aliño! ¡Cabellos y colores suyos! ¡Eso es mucho mejor que lo postizo!

Por muy en voz baja que todo esto fuese dicho, Mariana lo oía. Todas las miradas iban poco á poco fijándose en aquella joven que había robado sus encantos al sol que sale. Llevaba el aclamado apellido del nuevo ministro. Hacía su entrada en los salones con él, aceptando de buen grado, pero sin afectación alguna, el pesado fardo de la gloria y de la notoriedad. La timidez de su ligera sonrisa, casi inquieta, parecía pedir á las demás mujeres perdón por su triunfo; y había allí en un grupo de hombres sentados junto al balcón, que rodeaban á dos personajes á quienes un momento antes habían puesto una butaca para que se sentasen, un hombre joven, feliz, respirando alegría, que miraba de vez en cuando, como para enterarse de si su mujer se aburría, hacia el lado donde también estaba Adriana, es decir hacia el lado donde también estaba Mariana.

—¿Dónde está el señor de Vaudrey—preguntó ésta á la señora de Gerson.

—¿Él? ¡ahí, enfrente de vos! Á la derecha, al

lado del señor Collard. ¡Os está devorando con los ojos!

—¡Ah! ¡bah!—contestó Mariana sonriendo con frialdad.

Y miró hacia donde le indicaban.

En efecto, ya había reparado en aquel hombre elegante, que desde hacía tiempo la examinaba con persistente atención. Pero ¿quién había de sospechar que fuese el señor Vaudrey? Era muy simpático y agradable. Poco antes, al entrar ella en el salón acompañada por su tío, le había oído decir al pasar una galantería, á que Mariana contestó con una sonrisa.

—¿Y era Vaudrey?

La señorita de Kayser había oído hablar mucho de él y leído sus discursos, y visto más de una vez su retrato en los escaparates de las tiendas. El aspecto gallardo y resuelto de aquel joven, de quien sabía que era un orador elocuentísimo, le gustaba, y debía haberle conocido, porque se parecía mucho á los retratos.

De todas las miradas que se dirigían al ministro, ninguna lo atraía tanto como la de Mariana. Sulpicio había experimentado, un momento antes, el ascendiente y el encanto singular producido por aquella aparición femenina, que cruzaba el salón

bajo el fuego de las miradas de multitud de hombres, que la desnudaban con la vista. En su afición á las definiciones y á los análisis, Vaudrey se había imaginado siempre de aquel modo á la verdadera parisiense, con su ascendiente y su seducción inmediata, penetrante y sutil como una esencia.

Mariana lo miraba y se dejaba mirar, sonriendo.

De pronto sus pálidas mejillas coloreáronse como avivadas por un repentino acceso de fiebre, cuando en medio de un verdadero tumulto producido por la curiosidad, y en medio de un gran ruido de pasos y de voces, el señor de Rosas apareció de repente, con aire un poco tímido, dando el brazo á la señora de Marsy, que lo conducía hacia el improvisado escenario, como si lo fuese presentando á todos.

—¡Ah! ¡por fin, ya está ahí!

—Es el Duque de Rosas, ¿no es verdad?

—Sí, sí; él es.....

—¡Qué guapo!

Aquel nombre, pronunciado en voz baja por los labios de varias mujeres, sonaba en los oídos de Mariana como el toque de carga lanzado al viento por todos los clarines de una brigada de caballe-



ría. Parecíale que estaba próximo la hora más crítica de su vida entera. En aquel instante tenía en medio de la fiebre de su ardimiento, toda la superstición de un jugador de oficio. Díjose al ver á José, que si éste la veía á ella en el primer momento, era que no la había olvidado y que podía esperarlo todo. ¡Todo!

—Afortunadamente—añadía para su capote—los hombres olvidan con menos facilidad que las mujeres. Por egoísmo ó por arrepentimiento, unos, como Guy, encuentran la belleza de nuestro rostro. Otros lamentan tal vez la ocasión perdida, y el Duque es bastante sentimental para no formar entre estos últimos.

Díjose que era necesario que Rosas la mirase; sí, que la mirase á todo trance; y con el cuerpo inclinado, con la barba apoyada en la enguantada mano, manejando con la otra el abanico con la rapidez y habilidad de una española, lanzó al Duque una mirada, en la cual iba toda su voluntad y todo un mundo de deseos. En la pupila del ojo humano hay indudablemente algo de imán. Rosas, como si hubiese experimentado la sensación material de aquella mirada incendiaria fija en su rostro, después de un saludo correctísimo, elegante, aunque algo brusco, y de levantar la frente para mirar á

aquella colección de mujeres bonitas que iban á ser su auditorio, Rosas miró y vió de repente, como si en la sala no hubiese más que ella, á Mariana, que, inmóvil, lo contemplaba en silencio.

Rosas aparecía sobre el fondo rojo del cortinaje con su figura esbelta, regular, el cabello rubio, la cara pálida, destacándose sobre el fondo blanco de la elegante pechera de su camisa, como el retrato de un castellano del tiempo de Felipe II, vestido á la moderna, con una cinta roja en el ojal del frac, como único punto saliente de su elegantísimo traje de sociedad. Pero á pesar del corte moderno de la ropa, el frac negro afectaba, llevado por aquel hombre de ojos azules y melancólicos, con su bigote retorcido, el aspecto del *coletto* antiguo, en el cual la cinta roja de la Legión de honor parecía una pequeña cruz de Calatrava puesta sobre el negro terciopelo de un manto antiguo.

Al fijar su mirada en la mirada ardiente de Mariana, la cara melancólica del noble español animóse instintivamente con una sonrisa que terminó en una respetuosa inclinación de cabeza, pero que fué lo bastante para envolver á la joven en una atmósfera caldeada de esperanzas y deseos.

—¡Me ha conocido! ¡En seguida! ¡Vamos; no me había olvidado!

Y como á impulsos del gozo inefable de una victoria importantísima, su rostro exangüe fué animado por inexplicable expresión de extraordinaria alegría. Erguido el elegante busto, solicitando las miradas como si las desafiase, escuchaba con los ojos lanzando chispas, bebiendo las palabras en sus labios, con la nariz dilatada como si aspirase un perfume oriental, el relato que había comenzado el Duque con voz lenta, acariciadora, dulce, pero que poco á poco iba animándose y apasionándose.....

Todos escuchaban atentamente á Rosas. En aquel salón no se oía más ruido que el de los abanicos de las señoras. El aristócrata español, sin adoptar el tono presuntuoso de un discurso, sino antes bien hablando familiarmente, como si estuviese haciendo el relato de su viaje sólo para Mariana, narraba sus recuerdos de las orillas del Nilo, las tristezas de las caravanas, describía las noches estrelladas del desierto, los cánticos del conductor de camellos, lentos como plegarias, las melancolías de la soledad, las poesías de aquellas ruinas grandiosas, medio enterradas entre las caldeadas arenas africanas. Á veces citaba, traduciéndola de un canto árabe, apuntado en su cartera, alguna canción, delicada como un soneto, profunda como una sen-

tencia, en la cual las eternas palabras de amor, dulces y turbadoras en todas las lenguas, tomaban cierto carácter de intensa poesía, por efecto de sus languideces semíticas; canciones en que un transeunte, un desconocido, un enamorado, muerto muchos siglos antes, había sembrado como si los sembrase en la arena del desierto, sus alegrías ó sus sollozos, relatando el color de los cabellos de su amada, pidiendo limosna de amor, y prometiendo á mujeres que ya no eran más que fantasmas, trajes color de rosa, y flores que el tiempo no había de marchitar.

Cierto encanto seductor, exquisito é inquietante, se filtraba en la traducción de aquel castellano que, aun hablando en francés correctísimo, conservaba el carácter especial de la poesía de su raza; y siempre, inevitablemente, con profunda melancolía, la poesía de que hablaba iba á parar al amor, al amor sin esperanza, lleno de sufrimientos, á las tristezas de un corazón desgarrado, á los lamentos desesperados de árabes desconocidos y enterrados hacía años y años entre las arenas del Desierto.

El Duque parecía complacerse en citar extensamente aquellos poéticos amores prefiriéndolos á los recuerdos de sus viajes. Su personalidad, sus

propias impresiones, desaparecían ante aquella especie de testamento apasionado, legado por una humanidad á otra.

Mariana se estremecía creyendo adivinar en el Duque el deseo de hablar por ella y con ella solamente. En otro tiempo, en su casa, en presencia de Lissac, José se había expresado en términos parecidos, recostado en su diván árabe.

Sentíase rejuvenecida; parecía que no habían pasado por ella todos aquellos años, y que estaba en el estudio de la calle de Laval. El salón de Sabina Marsy desaparecía, Rosas le murmuraba palabras al oído, la miraba y la mostraba su amor, a pesar del deseo de ocultarlo por miramientos á Guy.

¡Guy! ¿Y qué era Guy? Mariana no se preocupaba. Solamente el Duque existía para ella, en aquel momento. ¿Acaso Guy había estado mezclado ni un solo instante á sus destinos? Y pensando de este modo envolvía á Rosas en su mirada provocadora é incendiaria.

Sulpicio, á quien ya la joven no miraba, seguía sin apartar la vista de la señorita de Kayser. Encontrábala encantadora. La especie de fluido magnético que exhalaba aquella mujer iba derecho al Ministro, que, abstraído en su contemplación, no

oía ni una sola palabra del relato del Duque, y fijaba su pensamiento en aquella mujer joven y seductora, que á su pesar comparaba con su esposa sentada allí, muy cerca de ella.

Adriana era muy bonita, más bonita aún que Mariana; pero, cosa extraña, jamás le había parecido tan fría como aquella noche al verla sentada, oyendo al Duque, sin moverse y con su eterna sonrisita de mujer tímida.

A Sulpicio le hacía sufrir un poco aquella timidez de Adriana puesta más de relieve por la vehemencia, la graciosa inquietud, la línea serpentina de aquella vecina pálida que apretaba convulsivamente los labios, contraídos por una atrevida sonrisa de constante desafío. Decididamente era el tipo verdadero de la parisiense, con toda su belleza seductora, con esa destilación de vicio atrayente que se escapa hasta de los ojos de algunas mujeres verdaderamente honradas, y al oír algunas palabras sueltas del relato de Rosas— la descripción del preparado casi fantástico de un veneno al uso, entre los habitantes del Indostán— Sulpicio decía para sus adentros que no hay veneno mas sutil ni más dulcemente mórbido que la mirada de una mujer al clavarse, por decirlo así, en la carne de un hombre; y sentía sed de

aquel veneno deseado, embriagador, exquisito....

Anhelaba que el Duque terminase su conferencia. ¿Qué le importaban aquellos viajes, aquellas traducciones del árabe, aquella poesía de Oriente ó aquellas descripciones de América? Sentía deseos de saber lo que pensaba una criatura tan deliciosa como Mariana. ¡Ay! ¡Qué hermosa! Había preguntado cómo se llamaba; conocía casualmente á Simón Kayser, porque el pintor le había dedicado en cierta ocasión una *Memoria sobre los medios de moralizar el Arte por el Pensamiento*.

El Ministro experimentaba, oyendo á Rosas, la impresión de aburrimiento que se apoderaba de él algunas veces, cuando en la Cámara un orador se extendía mucho en su discurso á la hora crítica de irse á comer.

No pudo menos de decir en voz baja al Presidente del Consejo que estaba sentado á su lado:

—¿Vamos á pedir la suspensión?

El señor Collard sonrió, pero como buen diplomático, escuchaba atentamente al señor de Rosas, y dijo á su compañero Vaudrey que estaba demasiado bromista.

En verdad el Duque no aburría á nadie más que á Sulpicio. Todos le escuchaban con deleite. Había dentro de aquel hombre sentimental un

burlón escéptico y un joven á la moda dentro de aquel noble español de aspecto sombrío. En su fisonomía algo fría, la más ligera sonrisa aparecía mucho más simpática. Mariana lo encontraba seductor, ó mejor dicho, lo encontraba lo mismo que lo había dejado, fino, delicado y sencillo, á pesar de su sonriente altivez. Cuando concluyó resonó en todos los salones una tempestad de aplausos, porque aplaudían hasta de las habitaciones contiguas, donde todos guardaban profundo silencio para procurar oír algo. Rosas, con ademán gracioso y distinguido, parecía decir que todo aquello que había contado no valía la pena y recibía los aplausos como un hombre de mundo recibe un saludo y no como un tenor ó un cómico acepta una ovación. En seguida procuró abrirse paso por entre los grupos de hombres que se habían formado detrás de él.

—¡Por fin!—dijo Vaudrey casi á media voz.

Era el momento que estaba esperando. ¡Al cabo iba á poder hablar con la señorita de Kayser!

Apresuróse á ofrecer el brazo á Mariana. La viuda de Marsy, rápidamente, había ya confiscado, como era natural, al señor de Rosas, rodeado y seguido por un enjambre de personas deseosas de felicitarle y de estrecharle la mano. A no ser por